

ITALIA: GRAN PASO A LA IZQUIERDA

LAS elecciones de administración regional y local en Italia no han supuesto una ruptura con el sistema establecido, pero sí una pronunciadísima inclinación en un sentido que venía viéndose hace años: el crecimiento del Partido Comunista y la deterioración continua de la democracia cristiana, que cede votos no sólo a los comunistas, sino también a los socialistas. Hasta el punto de que si estas elecciones fuesen legislativas, socialistas y comunistas podrían formar un gobierno de frente popular. No lo son, y tampoco la coalición de la izquierda está hecha. Ni los comunistas la buscan, sino que desean otra cosa. Pero pronto puede haber elecciones generales —ya la izquierda está pidiendo que se disuelva el Parlamento y se convoquen elecciones anticipadas—, y entonces puede producirse el cambio histórico. El voto del domingo-lunes, a continuación del referéndum del divorcio, es un hecho de primordial importancia.

Si no existe ruptura con el sistema, es porque los resultados electorales mantienen la fuerza de los tres partidos políticos esenciales: la democracia cristiana, el socialismo y el comunismo, como hace treinta años: son las dosificaciones y las relaciones entre estos tres partidos las que varían ahora. Retrocedamos en el tiempo.

Desde el año 1924, desde la ascensión del fascismo en Italia, nació ya una resistencia, que fue la primera de Europa y que cuando llegó la guerra tenía más veteranía y más experiencia que la de ningún país. Esta resistencia fue paciente y lenta por parte de los católicos demócratas, tenaz y desesperada en los socialistas —que habían visto salir de sus filas al mismísimo Mussolini y a muchos de sus colaboradores— y organizada, disciplinada y permanente en el Partido Comunista. El Partido Comunista fue siempre el más perseguido: sus condiciones intrínsecas de disciplina interior, unidas a la necesidad de organizar una clandestinidad porque las condiciones exteriores —la persecución a muerte— la forzaban a ello, le dieron una mayor fuerza que a los otros partidos. Se ha hablado poco de la resistencia italiana, se ha disminuido su importancia, precisamente por la razón de que un núcleo mayor —como en Grecia, como en Francia...— era comunista. Es curioso ver cómo los propios aliados procuraban minimizar la importancia de esta resistencia mientras los alemanes la ponderaban. Mientras los ingleses hablaban de unos noventa mil partisanos luchando en las montañas contra los alemanes, estos —el mariscal Kesserling— habla-

ban de 200.000 a 300.000. Sólo las cifras de víctimas en la resistencia sobrepasaban las totales dadas por los aliados: 72.500 muertos, 39.167 mutilados o inválidos (cifras de «European Resistance Movements», Pergamon Press, Oxford, 1961).

De esta resistencia salió un

Wilson —inglés— para coordinar el trabajo del Ejército aliado con la resistencia italiana, se encontró tratado con desdén. «El general Wilson —cuenta Parri— tenía el aire majestuoso de un procónsul, y nos acogió, a mis amigos y a mí, con mucha condescendencia. Algunas palabras distantes

Juan Aldebarán

gran hombre, un gran conductor militar y político, Ferruccio Parri, que llegó a ser un fugaz jefe de gobierno. ¿Quién recuerda su nombre? Ferruccio Parri se encontró ya en plena guerra con dificultades por parte de los aliados. Cuando, en noviembre de 1944, conferenció con el general

nos dejaron perplejos. (...) "No queremos hombres que hagan política, sino solamente que se dediquen a una administración honesta, competente e imparcial, y sin favorecer una tendencia u otra", repetía el mariscal Wilson» (conversación de Parri con Jacques de Launay, «Les gran-



Enrico Berlinguer, primer secretario del PCI, muestra un ejemplar de «L'Unità», en el que se da cuenta del gran avance conseguido por el partido en las recientes elecciones. En la pared cuelga un retrato de Gramsci.

des controverses du temps présent». Vol. 1. Marabout Université. Lausanne, 1965. Los aliados querían contener la resistencia: tenían una abundancia de los comunistas en un sistema italiano nuevo. Parri no era comunista. Había fundado en plena resistencia un partido propio, la Acción; pequeño, pero nutrido de hombres a la imagen y semejanza de su fundador: honestos, moralistas, inteligentes. Fue un curioso partido. Se dijo de él que era un partido de dirigentes y no de militantes. Fascinó a los intelectuales e incluso a las rudas fuerzas de la resistencia en las montañas. Tenía el idealismo típico de los últimos días de la guerra, de los primeros de la posguerra: el de construir una sociedad socialista en un sentido muy amplio y muy libre del vocablo. Quizá el idealismo que tuvieron después un Dubcek o un Allende. Pero, naturalmente, en otro contexto. Comunistas y socialistas estaban de acuerdo con Ferruccio Parri: le consideraban como la gran figura unitaria. Más o menos, como en la Francia de la liberación se consideraba al general De Gaulle. Con la diferencia de que el general De Gaulle, a pesar de las desconfianzas de ingleses y americanos, suponía una garantía anticomunista, y Ferruccio Parri no era anticomunista y contaba con la colaboración del Partido Comunista.

Sin embargo, llegó a ser presidente del gobierno. Un gobierno antifascista que sucedió al de Bonomi. Imponer a Parri sobre el viejo inmovilista y derechista Bonomi, en junio de 1945, fue el único acto político que pudo permitirse la resistencia. Pero la misma resistencia le privó de sus posibilidades inmediatas de crear un gobierno con el programa socialista que quería: una parte de los socialistas se inclinaron hacia el Partido Comunista —El «Pacto democrático» que firmó Pietro Nenni con los comunistas—, otra parte, la de los socialdemócratas, se inclinó hacia la socialdemocracia, precisamente por anticomunismo. El Partido de Acción de Parri se quedó solo, y como su verdadera vocación y posibilidad eran las de servir de nexo entre los otros partidos de la izquierda, se quedó sin fuerza real.

Entre tanto, la democracia cristiana crecía. La democracia cristiana era la opción que los Estados Unidos favorecían en Europa: en Francia, en Italia, en Alemania Federal. Había existido en todos estos países antes de la guerra, con mayor o menor fortuna. En Francia, fue el Partido Popular; en Alemania, un partido de centro. En Italia llevó el nombre de democracia cristiana. Pero en Alemania y en Italia, dentro de la clandestinidad, para la que,



Jóvenes militantes del PCI, muchos de los cuales han votado por primera vez en estas elecciones, celebran el triunfo por las calles romanas.

sin duda, estaban mal preparados. Sus bases doctrinales eran los grandes textos sociales de la Iglesia; iban a interpretar encíclicas como «Rerum Novarum» y «Quadragesimo Anno» en un sentido de modificar en favor de los oprimidos la relación de las clases sociales, pero sin admitir la existencia —como hacían los marxistas— de una «lucha de clases». Tenía un pasado «de izquierda»: en 1850, Montesquieu decía: «Entre treinta o cuarenta mil curas rurales hay algunos que están infectados de eso que se llama "catolicismo democrático"». Los Estados Unidos encontraron que las democracias cristianas, sobre todo en países católicos como Francia e Italia, podrían ser una excelente muralla contra el comunismo —ateo—, y, al mismo tiempo contenían la suficiente dosis de democracia como para evitar el renacimiento de los fascismos. Tanto en Francia como en Italia, al comenzar la posguerra, la democracia cristiana apareció como uno entre tres partidos dominantes, siendo los otros dos el socialista y el comunista. Los Estados Unidos no vacilaron en entregar millones de dólares a las democracias cristianas para su campaña de proselitismo, para modificar el sentido electoral.

Y así, en Italia, en 1946, apareció una disyuntiva electoral bastante clara: De Gasperi, jefe de la democracia cristiana, frente a Ferruccio Parri, de una izquierda que se desintegraba, de un partido cuyos militantes se iban hacia el socialismo o hacia el comunismo. La presión en favor de De Gasperi hecha por los aliados era infinitamente más fuerte que

la que apoyaba a Parri por parte de los resistentes. El Partido Socialista se dividía también, como queda dicho, entre los comunistas y los moderados. Las elecciones de 1946 fueron espectaculares y dramáticas: las ganó —relativamente— la democracia cristiana, y Alcide de Gasperi se convirtió en un jefe de gobierno y en algo más: en el hombre fuerte del régimen. Parri pasó, para siempre, al olvido.

Alcide de Gasperi procedía de la época anterior al fascismo: era uno de los miembros más destacados de la juventud del Partido Popular (cristiano demócrata). Ello le había conducido a la cárcel de 1927 hasta 1929; había



El actor Gian Maria Volonté habla desde la tribuna del PCI, tras conocerse el resultado de las elecciones.

gozado después de la protección del Vaticano, que le había dado un puesto de bibliotecario. ¿Hizo política De Gasperi en ese período? Se supone que mantuvo sus opiniones y que tuvo contactos con otras personalidades de la misma ideología. Pero sólo al final del régimen fascista, hacia 1943, De Gasperi comenzó a reconstruir su propio partido y a nutrirlo de católicos que se habían manifestado en contra del fascismo y habían sido perseguidos por él. El partido era reformista, conservador y menos antifascista que anticomunista. Por eso, gobernante ya, fue indulgente con los simpatizantes del régimen derribado con el pretexto —muchas veces real— de que si habían tomado esa actitud es porque no conocían otra política.

Sin embargo, como De Gaulle en Francia, De Gasperi tenía que gobernar con los comunistas. Los tres partidos dominantes presentaban un carácter de alianza nacional para reconstruir Italia... Y De Gasperi se mantuvo hasta que se supo lo bastante fuerte, por razones de política interior, pero sobre todo de política internacional y de ayuda de los Estados Unidos, para enfrentarse con los comunistas. Los italianos supieron pronto que desarraigar a los comunistas era contar con la lluvia de dólares del Plan Marshall, como lo supieron los franceses: En 1947, los ministros comunistas fueron separados del gobierno.

Hubo sobresaltos, pero nada más. Entre otras cosas, porque el propio Partido Comunista no tenía un interés excesivo en permanecer en el gobierno. Se reserva-

ba para cuando fracasasen —como creía que iban a fracasar— los sistemas económicos, para cuando las masas se encontraran decepcionadas por la situación. Pensaban que en ese caso el gobierno tendría que llamar de nuevo a los comunistas... y se equivocaron.

Pronto los tres países principales de Europa estuvieron dominados por tres demócrata-cristianos con fuerza y empuje: De Gasperi en Italia, Bidault en Francia y Adenauer en Alemania Occidental. La democracia cristiana francesa llegó a convertirse en una derecha y finalmente en un fascismo antes de desaparecer en la práctica (Bidault colaboró con la OAS, y estos militares del ejército secreto le hubieran colocado a la cabeza del Estado de haber ganado alguno de sus golpes; fue exiliado, y su regreso a Francia no le valió ninguna adhesión política), la alemana se convirtió en la vanguardia de la «guerra fría», con el viejo rocoso Adenauer como símbolo y actor principal. Fue la italiana la que más se conservó en el centro y consiguió mantener, con muchas peripecias, el apoyo del ala moderada del Partido Socialista. Los partidos socialistas fueron los grandes perdedores del momento: la necesidad de ser anticomunistas a ultranza les llevó en todos los países a alianzas coyunturales con la derecha, y aun a gobiernos propios que gobernaron como de derechas (así los de Guy Mollet). Esta desnaturalización del marxismo en los partidos socialistas era paralela a la desnaturalización democrática y de preocupaciones sociales que habían tenido las de-

Tissot: Elegante, deportivo, técnico... Para la mujer activa y el profesional que viven intensamente.



Un reloj "activo", duro, deportivo, elegante, alegre o serio... como la vida misma de los hombres y mujeres de hoy.

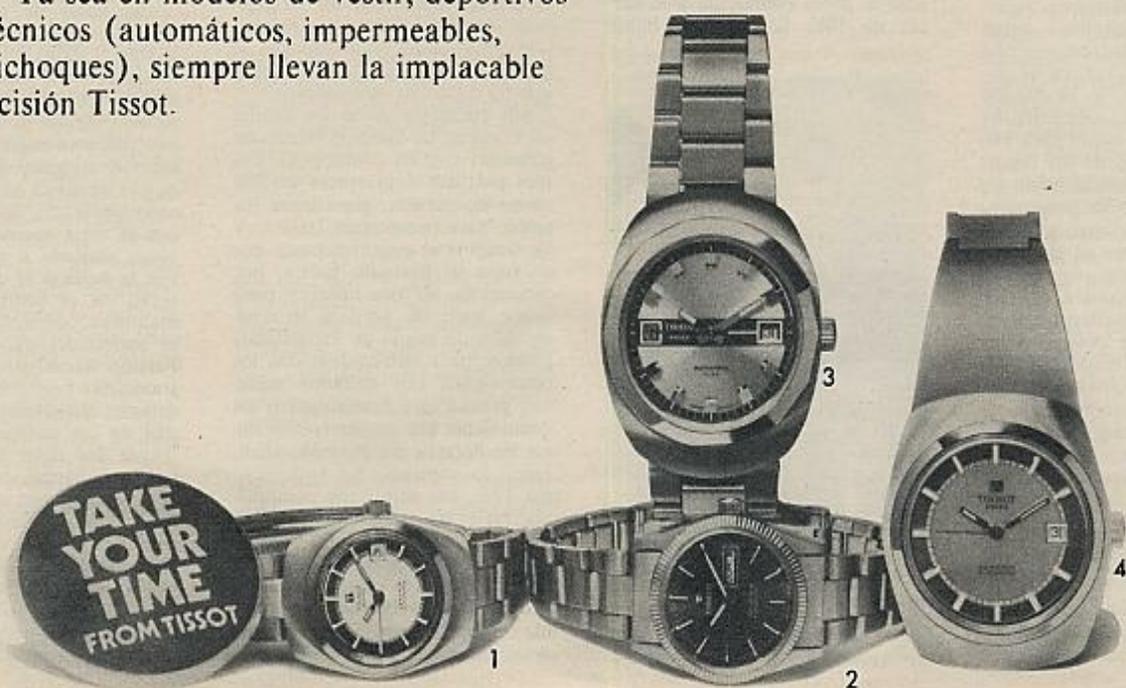
Desde el Tissot Seastar, el reloj de los que viven intensamente, hasta el Tissot Seven, creado para la mujer activa, pasando por el Tissot PR518, el reloj de los profesionales, Tissot cubre las necesidades de las personas más exigentes en materia de relojes.

Ya sea en modelos de vestir, deportivos o técnicos (automáticos, impermeables, antichoques), siempre llevan la implacable precisión Tissot.

TISSOT

Los suizos entienden más que nadie de relojes. Por eso prefieren Tissot.

1 Ref. Z 38.669 • 2 Ref. Z 39.500 • 3 Ref. Z 44.679 • 4 Ref. Z 44.670



ITALIA

mocracias cristianas anteriores. La guerra fría y el anticomunismo han hecho mucho daño en Europa; mucho menos de lo que se pensaba al comunismo combatido, que no ha podido gobernar, pero que ha mantenido siempre su número de militante y el de votantes, que a otros partidos de la izquierda que desnaturalizaron sus doctrinas.

Sin embargo, el socialismo ha resurgido, y la democracia cristiana, no. La democracia cristiana está conociendo ahora, y no sólo en Francia y en Italia, una renovación por parte de sus elementos más jóvenes, o por los más reflexivos de entre los mayores. Esto le puede suceder en Francia fácilmente, porque hace años que no gobierna, y un partido se construye en la oposición y se deteriora en el gobierno. En Italia no ha dejado de gobernar y se ha ido deteriorando. En Italia se ha ido acentuando el conservadurismo de la democracia cristiana, pero con una desgracia por añadidura: así como en Alemania Occidental la figura de Adenauer se mantuvo, en Italia se perdió la de Alcide de Gasperi, y el partido no supo encontrar nunca más el hombre que necesitaba. Se disolvió en pequeños jefes, pequeños jeques. Se dividió en facciones, desde un ala izquierda, a una derecha bastante extrema. Poco a poco se ha ido perdiendo su capacidad electoral. El gran dominio que tuvo en 1948 lo perdió en las elecciones de 1953 —las que hicieron perder el poder a De Gasperi—; en 1953 reconquistó votos, pero nunca ya los suficientes como para gobernar sola. Necesitaba coaliciones, y las tuvo por parte de los socialistas en los gobiernos llamados de «centro-sinistra». Sólo que la democracia cristiana no era un verdadero centro, ni el socialismo una verdadera izquierda. Los primeros ministros se suceden, los gobiernos caen y se renuevan, y, sin embargo, Italia no encuentra verdadera postura política para sus problemas sociales y políticos.

Razón: las ataduras de la posguerra. Las leyes electorales que impiden la verdadera manifestación de la opinión popular —leyes anticomunistas— han dañado las verdaderas opciones del mosaico de partidos y la necesidad de demócrata-cristianos y socialistas de mantenerse unidos para no perder el poder, aun perdiendo el apoyo de la masa. Por eso en 1963 las experiencias de Fanfani en su apertura no encontraron verdadero eco popular: los comunistas ganaban puestos...

Al mismo tiempo que este problema político se desarrollaba, la

democracia cristiana se encontraba con un problema ideológico-religioso: la aparición cada vez con más fuerza de los cristianos progresistas, estimulados por el Papado de Juan XXIII y por el concilio Vaticano II, pero también por la degeneración del proceso social. Si la democracia cristiana llegó a reunir a todos los católicos de Italia, esto ya no sucede. Hay «otros» católicos, y precisamente unos católicos que, a pesar de todas las advertencias de la jerarquía, no dudaban ya en dialogar con los comunistas y otros marxistas...

Ante este drama interior, Fanfani tuvo una de las ideas más desgraciadas de su vida política: la de elevarse a carácter de referéndum la cuestión del divorcio. Pensaba él que la totalidad de los católicos italianos estaban en contra del divorcio por razones de credo religioso, y que iba a reagruparlos una vez más con esta bandera. La jerarquía eclesiástica compartía la opinión de Fanfani, y los dos cayeron en una trampa terrible: el pueblo italiano votó en el referéndum en proporción de más de dos contra uno en favor del divorcio. Los partidos de la izquierda habían hecho campaña unánimemente por el divorcio: salían vencedores de la prueba. Y la derecha católica, la democracia cristiana y algunos aliados, entre ellos los fascistas —otra desgracia para Fanfani: que los partidos fascistas se sumasen a su campaña, lo cual hacía perder a la democracia cristiana su carácter de centro— sufrieron una terrible derrota.

La cual indicaba ya lo que iba a pasar en estas elecciones de Administración Local, que, a su vez,



La democracia cristiana capitaneada por De Gasperi era reformista, conservadora y menos antifascista que anticomunista.



El referéndum en torno al divorcio, convocado por Fanfani, significó en su día una derrota para la democracia cristiana.

indican lo que sucederá en las próximas legislativas...

La democracia cristiana, después de la votación del domingo y el lunes, sigue siendo el partido más nutrido en conjunto, pero no en muchas regiones: «Roma è rossa!», gritaban los manifestantes del martes de la semana pasada. Roma, entre otras, va a ser ahora una ciudad regida y administrada por la izquierda... La región de Emilia Romagna, la Toscana, la Liguria, la Umbria... Las elecciones regionales de 1970 dieron a la democracia cristiana un 37,9 por 100 de los votos; las legislativas de 1972, un 38,4 por 100; ahora se han reducido al 35,3 por 100. Entre tanto, los comunistas, segundo partido de Italia, pasaban en esas mismas fechas señaladas del 27,9 al 28,3 y al 33,4 obtenido ahora (casi ya en un punto de igualdad con la democracia cristiana), y los socialistas, tercer partido, del 10,4 al 9,8 y ahora al 12. Pierden los liberales: pierde el neofascismo (8,1 en 1972; 6,4 ahora).

¿Razones? La incapacidad de la democracia cristiana de salir del atolladero económico, social y político por falta de plasticidad para modificar sus posiciones y hacer un «aggiornamento» real; la tendencia hacia la izquierda de toda Europa como consecuencia del final de la guerra fría; la necesidad de dar una respuesta al fascismo, del que continuamente

se descubre tramas, complots, conspiraciones, y que se hace patente en atentados y asesinatos continuos.

Quizá también la incorporación de nuevos votantes. Unos cuatro millones de personas han votado ahora por primera vez: unos, porque han llegado a la mayoría de edad, que en 1972 no tenían (dos millones), y otros (otros dos millones), porque este año comienzan a votar los mayores de dieciocho años. La entrada en acción política de esta «clase de edad» es probablemente menos significativa en el resultado de las elecciones de lo que parece, porque en los países donde anteriormente se ha ampliado la edad de votar, se ha podido ver que los jóvenes votan más atendiendo a su clase social y la ideología del grupo en que están insertos, que por una razón de juventud. (Los partidos de la extrema izquierda, que esperaban mucho de la incorporación de los jóvenes, han perdido muchísimo en porcentajes con respecto a las elecciones anteriores).

Dos términos claros en estas elecciones: un triunfo muy importante del Partido Comunista, una señal más de la decadencia de la democracia cristiana oficial. Algo que ofrece un futuro cambiante —en cualquier sentido— para Italia; lo que no puede prosperar ya, de ninguna manera, es el inmovilismo anterior. ■ J. A.